

Paseando por nuestra historia

Isabel de Armas

Después de 70 años dedicado al estudio de la Historia de España, Manuel Fernández Álvarez, considerado el gran maestro de la divulgación, se ha decidido a escribir, no un libro más de Historia de España, sino una reflexión sobre ella, sobre sus principales acontecimientos, haciendo hincapié en los debates más conflictivos que los estudiosos han ido planteando en los últimos tiempos.

No ha pretendido realizar un trabajo sesudo de investigación, sino de llevar a cabo una ojeada general sobre los sucesos más destacados de nuestro pasado, como la Inquisición, el descubrimiento y conquista de América, o la llamada leyenda negra en torno a Felipe II. El historiador reconoce que se trata de una tarea muy personal «porque obliga a elegir y, por lo tanto, también a las inevitables omisiones».

A la hora de seleccionar, el autor de *España. Biografía de una nación* ha dado primacía a los aspectos culturales. ¿Por qué? Su respuesta es que «ante la tendencia de no pocos de nuestros intelectuales a mirar con desconfianza, cuando no con aversión, a nuestra historia, yo he querido aferrarme a ese terreno en el que parece que el pueblo español ha dado muestras de un gran protagonismo reconocido por todos».

El recorrido por la historia de nuestro país, que encontramos en estas 562 páginas, va desde Altamira hasta la historia más reciente. Comienza con la mirada que el autor arroja sobre el arte de la prehistoria, tomando, como decimos, uno de los lugares sin duda paradigmático del arte prehistórico europeo. Asimismo, el

Manuel Fernández Álvarez: *España. Biografía de una nación*, Editorial Espasa, Madrid, 2010

resultado de la monarquía visigoda será visto desde su legado cultural (San Isidoro de Sevilla), la España musulmana desde la cumbre de su obra arquitectónica (la Alhambra de Granada), y también la reconquista será contemplada desde uno de sus fundamentales resultados artísticos, el románico. Así, en todos los capítulos de la historia, Fernández Álvarez dedica una especial atención al arte de cada época, pudiendo hacer el positivo balance final de que la historia de España, tan pródiga en victorias y conquistas como en ruinas y pérdidas, obtiene siempre unos sobresalientes resultados en términos artísticos en todos los ámbitos.

Los sucesos más destacados

Según nuestro autor, con la nueva Monarquía visigoda, a partir de su asentamiento en España y, sobre todo, desde que con Leovigildo y Suintila se acabase dominando a los suevos en Gallaecia y expulsando a los bizantinos en el sudeste español, todo ello en la segunda mitad del siglo VI, se puede afirmar que empieza la verdadera historia de España. Tiempo después, la batalla de Guadalete va a ser un punto clave, ya que, cuando el ejército visigodo sea derrotado, al invasor musulmán no le costará trabajo someter al reino, porque el pueblo no le va a ofrecer apenas resistencia.

De los comienzos de la Reconquista, comenta el historiador: «Las crónicas cristianas, así como las musulmanas, tendieron a magnificar la batalla de Covadonga como un importante hecho de armas decantado a favor de Pelayo y sus seguidores, de donde arrancarían los comienzos de la recuperación de España». En cuanto a la reacción de la monarquía asturiana, Fernández Álvarez opina que «es mucho más que un arranque de rebeldía frente a la conquista musulmana. Es la conciencia de que esa España que se extendía al sur de la Cordillera Cantábrica era reivindicable, como un despojo sufrido por el rey Rodrigo, el último monarca visigodo, por lo cual el reino astur podía legítimamente reclamar su recuperación apelando a las armas». En principio, la lucha planteada era la de ver quién vencía finalmente, si España se convertía en la gran punta de lanza del mundo musulmán o si por el contrario se rehacía hasta poner las enseñas cristianas sobre las

mismas costas del estrecho de Gibraltar, marcando que quería ser cristiana y europea y no africana y musulmana.

De este periodo de la Reconquista, el autor destaca la figura contradictoria del Cid: «Cuando el historiador se acerca más a aquella figura –escribe– y va estudiando las etapas de su vida, se encuentra con que tan pronto está luchando contra los reinos de taifas musulmanes limítrofes con Castilla, como a favor de ellos; e incluso más tiempo a su servicio que en su contra». También de esta época destaca el Camino de Santiago, que generó una importante actividad económica y cultural al tiempo. La ruta jacobea, que en realidad era como la réplica musulmana al viaje santo a La Meca, constituyó un eje fundamental de la conexión de la España cristiana con la Europa occidental y permitió la penetración del arte románico en el norte de la Península Ibérica.

Fernández Álvarez apunta que si en esa época de los siglos XI y XII es la arquitectura –las grandes iglesias románicas, culminando en la catedral de Santiago– la mayor manifestación cultural de la España cristiana, en la musulmana (coincidiendo con esa dispersión de los reinos de taifas) lo más notable en el campo cultural es la filosofía y la poesía. «Además –subraya–, no solo con una influencia marcadísima sobre la España cristiana, sino incluso sobre toda la Europa occidental».

Tiempo de los grandes triunfos

Con la forja del Imperio español surgen insignes personalidades: Grandes estadistas, como los Reyes católicos y su bien engrasado equipo de gobernantes; famosos soldados, como Gonzalo Fernández de Córdoba; intrépidos navegantes, como Colón o Magallanes y valientes conquistadores, como Cortés, los Pizarro, Valdivia y una interminable lista.

Entre 1475 y 1540, los españoles se desparraman, con un ímpetu increíble, por las dos Américas: recorren distancias inmensas, cruzan ríos que están entre los más caudalosos del mundo, franquean montañas que parecen inaccesibles, se adentran en selvas tropicales o cruzan desiertos inhóspitos. «Y lo conquistan todo –apunta el historiador–, a veces tan solo con un puñado de hom-

bres contra miles y miles de adversarios. Y construyen calzadas, como había hecho en Europa el antiguo Imperio romano. Y alzan ciudades, alejadas entre sí miles y miles de kilómetros».

De la conquista de América, este autor reconoce la violencia pero rechaza del todo la idea de genocidio. «Hablar de genocidio –escribe–, es fruto de una necia ignorancia, cuando no de una consciente falsedad; lo que no quiere decir que se pueda omitir el aspecto sombrío de la violencia, fruto propio de cualquier imperio en cualquier tiempo de la historia».

Con la guerra de Granada se produce el gran cambio. Es evidente que aquella guerra tomó pronto un signo religioso muy marcado. Se trataba de una guerra santa, una especie de cruzada. Y al incrementarse la sensibilidad religiosa, aumentó inevitablemente la intolerancia. «Y de tal forma –dice Fernández Álvarez– que sincrónicamente a la guerra de Granada se produce el establecimiento de la nueva Inquisición, la implantada por los Reyes Católicos, que tanto daño haría a la sociedad española».

Este libro destaca tres personajes clave del quinientos: El dominico fray Bartolomé de las Casas, un infatigable defensor del indio; el también dominico fray Francisco de Vitoria, un insigne profesor universitario y, finalmente, el emperador Carlos V, un soberano y un hombre de Estado.

Nuestro autor, como otros hispanistas, juzga que Carlos V, el Emperador, fracasó tanto en su intento de restablecer la unidad religiosa de la cristiandad, rota por la reforma luterana, como en su pretensión de acometer la cruzada contra el Imperio turco de Solimán el Magnífico. Al tratar sobre su posible legado para la Europa de nuestro tiempo, que aquel emperador soñó como una Europa unida, sujeta a unas normas en las que los valores morales nunca fueran orillados. «Él no hablará de Europa, sino de la cristiandad –puntualiza este hispanista–, pero es evidente que para el emperador ambos términos venían a ser lo mismo».

En cuanto a las Comunidades de Castilla y sus enfrentamientos con Carlos V, Fernández Álvarez se pregunta: ¿Lucharon las Comunidades por las libertades de Castilla? ¿O bien hemos de verlas como un movimiento urbano promovido por las principales ciudades castellanas que querían hacerse con un poder al modo de las ciudades-estado que tanto proliferaban en Italia? La res-

puesta es que, en un principio, los comuneros comienzan por considerarse los representantes legítimos de toda la Nación, y lucharon por un régimen representativo, frente al autoritario que quería imponer el Emperador. «Ellos no luchaban por un bien particular –escribe–, sino por el bien común». «La tesis comuna –añade– era que las ciudades reunidas en Cortes, o en Santa Junta, podían hacerse legalmente con el poder, cuando el rey estuviera incapacitado para ello».

De Felipe II y la famosa leyenda negra, nuestro autor concluye que, tan triste episodio se basa, sobre todo, en tres argumentos: la Inquisición y su fanatismo, la acción brutal de los conquistadores en América y las justicias del Rey Prudente.

Tiempo de decadencia y ruina

De la España de los Austrias Menores, como suele conocerse la etapa que abarca los reinados de Felipe III, Felipe IV y Carlos II, con el que acaba la dinastía, Fernández Álvarez destaca la caída en picado de la sociedad española, donde la profunda crisis socioeconómica trae consigo que el hidalgo deje de ser el paradigma social para verse desplazado por el pícaro. Sin embargo, señala que, esta decadencia coincide con el auge de las artes: «como si fuera algo milagroso –escribe–, entre los escombros y las ruinas, florece una literatura y un arte que llenan de admiración al mundo entero y que constituirán el gran legado español del Siglo de Oro para las generaciones venideras». También dice que uno de los mejores modos de penetrar en la historia de aquel tiempo es acudir al Museo del Prado, lugar que evoca los grandes acontecimientos y los grandes personajes: Felipe IV, Isabel de Borbón, Olivares, el cardenal infante don Fernando, el príncipe Baltasar Carlos... Pero también los hombres del pueblo, incluso en cuadros de tema mitológico convertidos en escenas populares, como *El triunfo de Baco*, conocido popularmente como *Los borrachos*.

De la España de la Ilustración, dice el autor de este libro que «ha renunciado a su misión anterior de hispanizar a Europa. Y es que con la Ilustración se produce el fenómeno contrario: es esa Europa, por la mano de Francia, la que se encarga de europeizar a

España». Esa España popular ya no siente la necesidad de «salvar» a Europa como la sintieron los hombres del siglo XVI. A nadie le preocupa ya que el calvinismo se desarrolle en los Países Bajos o que el luteranismo sea más y más pujante en Alemania.

El siglo XVII supuso para España un profundo declive por las guerras interminables en que se había metido en Europa; pero en el siglo XVIII la nueva dinastía de los Borbones, bien secundada por ministro de gran valía (Patiño, Ensenada, Floridablanca, Aranda, Jovellanos...), permitió una notable recuperación nacional, al volver otra vez a niveles internacionales de primer orden. Pero a partir de 1824, España, reducida al dominio peninsular, con las excepciones de Cuba, Puerto Rico y Filipinas, entra en un periodo de postración agravado por la serie de guerras civiles que la desangraron brutalmente a lo largo de buena parte del siglo XIX.

De la Constitución de 1812, escribe Fernández Álvarez: «Se ha dicho que aquella obra política fue prematura y que no se acomodaba con la España de la época (...). Pero lo cierto es que aquella primera constitución sería siempre ya un punto de referencia para los que luchaban por la libertad, y eso casi hasta nuestros mismos días».

Al referirse al periodo de la Restauración, nuestro autor alaba el sistema canovista que logró mantener su vigencia a lo largo del último cuarto del siglo XIX, superando incluso crisis tan profundas como la de 1885, cuando fallece Alfonso XII. «Aquel rey que tanto prometía –escribe–, que pese a su juventud había sabido encarnar su papel de monarca constitucional». «La Restauración –puntualiza–, con todos sus defectos, tuvo una importante nota positiva: había sacado a España de esos bandazos políticos que había sufrido a lo largo del siglo XIX, particularmente exasperantes durante el sexenio revolucionario, a raíz del destronamiento de Isabel II».

Tiempo de desventuras continuas

Del reinado de Alfonso XIII, este libro ofrece un sombrío panorama de los principales problemas que afectan al país: un

problema social cada vez más candente, un Ejército y una Marina en quiebra, unos nacionalismos inquietantes y un país mal gobernado. Señala que, entre una serie de políticos de segunda y de tercera fila, surgen dos auténticos hombres de Estado, dignos herederos de Canovas y de Sagasta, que fueron Maura y Canalejas. «Sin embargo –dice el autor–, la mala fortuna quiso que ambos desapareciesen de la escena política cuando mejor lo podían hacer».

Para nuestro historiador, el dictador Primo de Rivera –«hombre autoritario, pero en ningún momento cruel»–, cometió un error garrafal al abandonar su plan primigenio y decidir dar un golpe de timón: «sustituyó el Directorio Militar por un Directorio Civil, lo que suponía abandonar aquella idea inicial de que su paso por el poder iba a ser breve y como un puente para que la vida parlamentaria, regenerada, pudiera volver a gobernar el país». Por el contrario, con el Directorio Civil, Primo de Rivera creó una Asamblea Nacional, cuyos miembros eran designados por el Gobierno, y un partido (Unión Nacional) que convertía a España en una dictadura con ánimo de perpetuarse a sí misma.

Manuel Fernández Álvarez destaca una difícil cuestión que los dirigentes de la Segunda República no supieron resolver: conciliar los nuevos aires de libertad con un mínimo de orden. Entre los contados políticos de alto nivel de esta época, cita la figura de Azaña y la que fue su gran torpeza: la poca atención que prestó al problema social, que tanto debía haber preocupado a los hombres de izquierdas de la República.

España se iba dividiendo cada vez más en dos sectores radicales, haciendo imposible la vida civil de la República. «Lo que se avecinaba era el enfrentamiento –dice el autor–, deseado por no pocos, pero que ninguno suponía que iba a ser tan cruento, tan largo y tan dramático». En pro de la República este libro destaca su espléndida labor cultural, en particular la desarrollada en las escuelas: «logró crear una promoción de maestros, y sobre todo de maestras, ilusionados e ilusionadas con su tarea de preparar a la infancia para un mundo mejor, más comprensivo, más justo y más culto».

Respecto a la Guerra Civil de 1936, el historiador siente necesidad de expresar que buena parte de la población apoyaría, desde

un primer momento, a los sublevados. «Quiero decir –matiza– que no fue solo un alzamiento militar sin más, sino que pronto puso en marcha y en pie de guerra a buena parte de la población». Y resume así el terror y el horror desencadenado en toda España: «Puede decirse que durante cerca de tres años España vivió la peor de las pesadillas. Fue una hoguera inmensa que consumió a miles y miles de españoles y que destruyó, además, gran parte de la riqueza nacional». Con el final de la guerra, Fernández Álvarez recuerda la frase que pronunció De Gaulle: lo espantoso de cualquier guerra civil es que cuando termina la guerra no empieza la paz. Tampoco olvida citar a Curchill, otro observador de excepción que ya vaticinó que, dada la ferocidad de la contienda, no cabría duda de que el vencedor, fuera el que fuere, sería implacable con el vencido. Efectivamente, el vencedor practicó una política de terror. «No trató de reconciliarse con el adversario –concluye–, sino de eliminar al enemigo».

Los siglos XIX y XX están llenos de desventuras: continuos enfrentamientos internos, desgarradas luchas civiles en pro o en contra de la libertad, miseria de las clases bajas, tanto en el campo como en la ciudad, y humillantes derrotas en nuestra política internacional. Sin embargo, con una buena carga de energía positiva, Fernández Álvarez escribe: «Pese a todo ello, España desplegó tal actividad cultural en las letras y en las artes que pronto se pudo pensar que en ese terreno estábamos ante una verdadera Edad de Plata». Un Siglo de Plata que arranca con la llamada Generación del 98 y la impresionante obra cultural de la Institución Libre de Enseñanza. Arranca con ellos y llega hasta nuestros días. «Bien puede afirmarse que España –concluye el historiador–, al menos en las artes y en las letras, sigue siendo toda una potencia».

Entre los grandes cambios observados en nuestra sociedad de las últimas décadas, el autor de este libro destaca, como el cambio más radical, el de la mujer. «Año tras año –escribe–, se ha ido notando más y más, la presencia femenina en el mundo laboral y en la universidad, incorporándose al profesorado y al cuerpo de investigadores científicos». «Sobre todo la mujer –insiste– se ha convertido en el motor del cambio social más profundo».

El presente trabajo finaliza comentando el salto espectacular de un régimen dictatorial a otro democrático, de un régimen donde

el principio de autoridad se imponía (sin control alguno a sus posibles arbitrariedades y doblado por una rígida censura), a otro en que el poder y la soberanía nacional descansaban en el pueblo, regulado en su vida política por una constitución donde se aseguraba la libertad del ciudadano.

España. Biografía de una nación viene a ser un sosegado, apacible y meditado paseo por la Historia; el personal paseo de Manuel Fernández Álvarez, en el que, mientras camina tranquilo, medita y reflexiona sobre los acontecimientos clave que han ido haciendo esta compleja, y tan querida, España nuestra. Se trata de un hermoso libro con fondo muy positivo. De su lectura, el lector sale reconfortado, como después de haber dado un buen paseo ©